

BIBLIOTECA



América en los libros

I nodi segreti degli incas. *Davide e Viviano Domenici. Milano: Sperling & Kupfer, 2003, 223 pp.*

Entre 1984 y 1985, en el archivo de la napolitana Clara Miccinelli aparecieron unos manuscritos de principios del siglo XVII que podrían revolucionar la comprensión de la historia del Perú pre- y poscolombino. En ellos se afirma básicamente lo siguiente: 1) Los incas tenían una forma de escritura: el quipu real, el cual empleaba un silabario. 2) Pizarro triunfó en Cajamarca gracias al vino envenenado que repartió entre la oficialidad de Atahualpa. 3) El autor de la famosísima *Primer nueva crónica y buen gobierno* (1615) no es el indio Guaman Poma sino el jesuita mestizo Blas Valera (n. 1545). Cada afirmación pone de cabeza un entero sector de nuestro conocimiento del Perú. Es lógico, entonces, que desde un principio se haya pensado en una falsificación y que la discusión al respecto fuera agresivamente polémica. El libro de los Domenici, en cambio, es sumamente ecuánime además de informativo.

En 1568 llegaron al Perú los primeros jesuitas, apenas unos

meses antes que Francisco de Toledo (virrey entre 1569 y 1581). El mestizo más famoso que reclutaron fue sin duda Valera. En 1585 lo encarcelaron por haber mantenido supuestamente relaciones sexuales con una mujer. Como se negó a abandonar la Compañía de Jesús, lo desterraron a España en 1595 sin interrupción del arresto. Lo excesivo del castigo, sin embargo, hace pensar que la causa de su encarcelamiento fue otra, y de hecho el jesuita Garcete declaró en 1591 que a Valera se lo había condenado por hereje. Según el único registro existente, Valera falleció en Málaga en 1597. El Inca Garcilaso recibió los restos estropeados de un manuscrito suyo y los cita abundante y encomiosamente en sus *Comentarios reales*.

Entre los documentos Miccinelli hay uno, todavía inédito (*Exsul immeritus Blas Valera populo suo*), firmado en 1618 por el mismo Valera, que presenta una historia bastante distinta del cura mestizo. Allí cuenta este: 1) que el General jesuita Vitelleschi le habría permitido «morir viviendo» (e.d., seguir actuando aunque oficialmente se lo hubiese decla-

rado muerto) y volver al Perú a asistir a su pueblo indígena, para regresar finalmente a España en su vejez; 2) que Garcilaso censuró mucho su manuscrito; y 3) que con otros tres jesuitas firmó en Perú un contrato con Guaman Poma para que éste prestara su nombre a la *Primer nueva corónica*, donde se critica acerbamente el sistema político colonial y la catequización violenta; la crónica desapareció; fue reencontrada en 1908 y publicada finalmente en 1936.

En 2001 se publicó una carta de 1618 hallada en el Archivo Romano de la Sociedad de Jesús y firmada por «Exsul immeritus»; también la historia del vino envenenado o, por lo menos, la existencia de esa versión del episodio de Cajamarca, aparece confirmada por dos cartas peruanas de 1610 y 1616 dirigidas al Virrey español de Nápoles, halladas recientemente en el Archivo Estatal de Nápoles y publicadas asimismo en 2001. Con respecto a la escritura con quipus, no se trata de los numéricos ya conocidos sino de otros dotados de una figurita abstracta que representaría una palabra; la cantidad de nudos indicaría qué sílaba de esa palabra se debe leer en esa parte del texto. *Exsul immeritus* contiene dos quipus reales dibujados.

El otro manuscrito grande del archivo Miccinelli se titula *Historia et rudimenta linguae piruano-*

rum y fue publicado en 1995; incluye, entre otras cosas, un quipu real no dibujado sino hecho de lana; el manuscrito contiene un texto anterior a *Exsul immeritus* y dos posteriores al mismo, siendo los tres, al parecer, de dos jesuitas; el tercer texto sostiene que Valera murió en Alcalá de Henares en 1619. Fuera de los manuscritos Miccinelli no se conoce ningún otro caso de quipu real, quizás porque en 1583 el Tercer Concilio Limense ordenó quemar todos los quipus que pudieran tener contenidos paganos.

Los Domenici se muestran partidarios de la autenticidad de los manuscritos napolitanos. El descubrimiento antes mencionado de nuevos documentos de la época parece darles razón. También son favorables a esta tesis los estudios periciales que se han realizado para analizar la escritura de cada personaje involucrado y los distintos materiales empleados. Sin embargo la lista de las objeciones es larguísima, y va desde ciertas contradicciones internas (o entre esos manuscritos y la *Primer nueva corónica*) hasta importantísimos asuntos de detalle como el empleo de la palabra «genocidium» (que no se acuñó hasta 1944), pasando por el empleo de una lengua quechua que, según dos expertos, es del siglo XVIII. Nuestros autores italianos hacen un honesto y valioso elenco de las críticas con las res-